

Exaltación Literaria de la Semana Santa leonesa

S.D. La Venatoria 2006

Joaquín Alfredo Abras de Santiago
de la Real Academia de Córdoba, de Ciencias, Bellas Letras y Nobles Artes

Pronunciada el 24 de marzo de 2006 a las 20:30 h. en el salón de actos
de la S.D. La Venatoria de León

Rasga el aire el sonido
de una corneta lejana...

Rugen los roncros tambores
entre las nobles fachadas.
Y retumban sus sonidos
por las calles y las plazas.

Y se enmudecen, solemnes,
los bronces de las campanas...

-000-

Las torres de las iglesias
se van dibujando al alba:
verticales oraciones
de piedra, de musgo y de agua,
que León musita en silencio,
al despertar la mañana.

Y en el barrio del Mercado,
el que la memoria guarda,
sin hacer apenas ruido,
serán unas manos blancas;
manos de mujer sin nombre,
manos de madre y de hermana,
las que dejen, en silencio,
jirones de corazón y de alma,
junto a un ramito de flores
para la Morena más guapa:
la Virgen de la Antigua Santa,
que guarda a León en las noches
y se hace Camino al Alba.

Yo te saludo
fragante flor de la mañana,
camino recto y seguro
que hasta el cielo nos llevaras.
Que siendo Patrona en León,
Angustias te llamo en Granada.
Hoy rindo a tus pies el pendón
de aquel reino que soñarás,
que mis manos tremolaron,
para fundir con León
el corazón de Granada.

Ilustrísimas autoridades municipales, señoras y señores Concejales, señor Presidente de La Venatoria, señores socios, distinguido público, señoras y señores, amigos todos:

Antes de todo, permítanme la voluntaria y gratificante muestra de agradecimiento a esta Asociación leonesa, que, dentro de su programa de actividades de carácter cultural, ha querido que se oiga y se hable hoy de Semana Santa.

Y mi agradecimiento muy especial a su Presidente, mi buen amigo Maximino Cañón, leonés de pro y compañero, en la distancia, en las tareas municipales que, en un período de nuestras vidas, nos ocuparon largo tiempo y no pocas preocupaciones y anhelos, como bien saben los que ahora están en activo.

Él, en esta milenaria ciudad de León a la que ama profundamente y que fue primer reino de España. Y un servidor, en aquella otra, también milenaria ciudad de Granada, a la que amo desde el fondo de mi corazón, que fue capital del último de los reinos peninsulares, incorporados al mundo occidental, en aquella larga travesía medieval que fue la reconquista.

Por esto, gracias, amigo Maximino y por tus cariñosas palabras, llenas de generosidad que, siendo absolutamente inmerecidas, no me han resultado extrañas ni sorprendidas, al venir de un caballero tan cabal como tú eres y que, en esta tarde de Cuaresma avanzada, han sido, sin duda, la mejor portada, románica, naturalmente, para el deslabazado edificio que me toca construir y que, si es verdad que estará falto del rigor de los sólidos sillares de la ciencia y de la precisa historia, sí contará, al menos, en la fábrica de sus pobres muros, con la humildad del adobe del cariño y la argamasa de la emoción, no por eso menos sólido en los afectos. Gracias, pues, Maximino y que la Virgen del Camino de León y de las Angustias de Granada, te lo premie como, sin duda, mereces.

Señoras y señores:

Venir a León es adentrarse en la intrahistoria de España.

Yo llego desde mi Granada querida, en donde las estrellas cuelgan en las noches de mocárabes azules, en un firmamento prodigioso de cobaltos artesonados, colgado todo de ligeros muros, translúcidos y

sujetos, al fin, por estilizadas columnas de blancos y delgados mármoles que han pasado por las manos de ziríes y nazaríes. Y llego, desde aquella ciudad de los jardines y de los palacios encantados de la Alhambra, ungida mi frente con el óleo de la admiración a esta tierra de nuestros antepasados, vestida el alma con hábito de peregrino a Santiago y presto a llenarla, por los oídos y por los ojos, de la robusta solidez de las torres románicas, que al crecer se hicieron góticas y que constituyen, en el sur peninsular, la memoria más remota, la más profunda raíz que sujeta, con fuerza de siglos; titánica en milenios; ese cielo estrellado de gentes creativas que somos en el sur, en aquellas tierras de aluvión, en las que arraigaron las nobles semillas de los Méndez, los Garcías y los Sánchez, los López y Fernández, los González, los Álvarez y los Santiagos y que, a la postre, no son –no somos- sino descendientes últimos y lejanos de aquellos otros de estas tierras de Ordoños, Alfonsos y Fruelas, Fernandos, y Sanchos, Bermudas y Dulces, Enriques y Berenguelas, aquellos que, en un paso, leve en la historia y largo en el tiempo, pasaron de Asturias y de Galicia hasta Lancaster y Trastamaras y de ahí, a la gran Isabel que, en su vientre y en su cabeza, supo unir, con extraordinaria inteligencia política, los rampantes leones y los altos y fuertes torreones de Castilla, a las barras sangrientas y doradas de Aragón. Y que entró –que supo entrar- en Granada, tras de ocho siglos interminables, por cierto, engarzando esta fruta succulenta, madura y generosa, que es Granada, en la punta justa del blasón que ya fue, para siempre el de España.

Comprendan ustedes mi emoción. Esta que hoy ha de ser incontenida, al hallarme con ustedes y en esta tierra, en este solar de la familia, de todas nuestras familias, para hablar, nada más y nada menos, que de Semana Santa.

Queridos amigos:

Bien es sabido que la celebración pasional constituye el eje fundamental en torno del que gira todo el cristianismo. La Cruz es el fundamento de las culturas de Occidente. Por esta razón, lo que hoy damos en llamar, adecuadamente, Semana Santa, no es sino la rememoración que, desde siempre, hemos hecho los cristianos en todos los lugares del mundo y en todo tiempo. Si bien es cierto que las formas de conmemorar la Pasión, la Muerte y la Resurrección del Señor Jesús, son bien distintas de unos a otros lugares.

Existe, no les quepa duda, una bibliografía sobre este asunto extensísima y en multitud de idiomas. No obstante, a medida que la geografía nos acerca, también comienzan a asemejarse estas formas de celebración.

Tal y como hoy la conocemos, la Semana Santa viene a remontarse a los tiempos de la Contrarreforma. En aquel siglo XVI, ya comediado, la Iglesia tuvo que plantear una respuesta, clara y firme, a todos los movimientos que, encabezados por el fraile agustino Lutero, vinieron a protestar –en el sentido de disidencia– en muchas cuestiones de fe y de costumbres, delicadas materias de profundidad que habían estado y están reservadas para las decisiones del Pontífice Romano.

Y de ahí Trento. Cuyo influjo, al menos en la exteriorización del culto, tiene hoy tanta pujanza, como en el momento en que los Padres de la Iglesia se reunieron en aquella ciudad italiana, en Concilio Universal.

Nuestro país, nuestra nación: España, en definitiva, se posicionó, a través de los embajadores que había enviado el segundo de los Felipes y tercero de los Austrias, como verdadero adelantado en las ideas y en los hechos. No en vano, el Rey recibe, aún hoy, el título de Su Católica Majestad. Y en todas las diócesis episcopales de aquel imperio “en el que nunca se ponía el sol”, respondieron sacando, literalmente, las iglesias a las calles. Se trataba de exteriorizar la fe, de sacralizarlo todo.

El origen de muchas cofradías, aún existentes hoy, es, precisamente, en ese prodigioso Cinquecento italiano y primer siglo de oro español.

Aquí, en León, recién terminado el concilio, se funda la Cofradía de Nuestra Señora de las Angustias y Soledad, cuyas negras túnicas y capillos vienen saliendo en estación penitencial desde 1572, siendo considerada, con toda justicia, una de las más antiguas de España.

La devoción que existe en muchas ciudades a la Santísima Virgen de las Angustias, que, en el caso de Granada, llegó a ser Patrona, debió tener su inicio en la acendrada devoción que esta advocación mariana suscitó en la reina Isabel de León y de Castilla, la que se hacía acompañar siempre de una pintura que, representando a una Piedad, vestida con ropajes propios de viuda de aquella centuria, una vez conquistada Granada, legó al convento de San Juan de Los Reyes, donde hoy aún se conserva.

Trento hizo que los talleres de los artistas se llenasen de aprendices, ávidos de conocer de manos de los grandes maestros, los secretos

que celosamente guardan los filos de las gubias, los finos panes de oro y los pigmentos de las pinturas. La fiebre italiana de la creación artística restituyó al Creador como centro del Universo, mitigando el antropocentrismo del primer Renacimiento. Y en España, si en este norte peninsular se desarrollan las escuelas, en torno de maestros como Juan de Angés, Diego de Solís, Bautista Vázquez el viejo y Jerónimo Hernández, entre otros; en el sur y especialmente en Granada –que sería la escuela manierista más antigua de Andalucía y maestra de Sevilla– lo van a ser Iácobo Florentino el Indaco, Diego de Siloé y Alonso Cano, junto al cordobés Pablo de Céspedes y al jienense de adopción y granadino de vocación Pablo de Rojas –cuyo verdadero apellido era Raxis– que producirán, junto a sus alumnos una extraordinaria profusión de imágenes pasionales y grupos escultóricos.

Esta pléyade importantísima de maestros imagineros, doradores y estofadores, cuya tradición y escuelas superan el siglo XVI, transitan todo el XVII y se transforman en el último esfuerzo barroquista del XVIII, casi desaparecen en el neoclasicismo decimonónico y se las apuntilla con el agnosticismo depresivo de los románticos, se nutren de nombres tan gloriosos para las Bellas Artes como Gaspar de Becerra, natural de Jaén y que labró para León la espléndida figura del Cristo de la Flagelación, de la Cofradía del Dulce Nombre de Jesús Nazareno. José de Mora, granadino, discípulo de Alonso Cano y maestro de Juan Martínez Montañés, que realiza, también para León, la preciosa imagen de la Virgen de la Amargura, conocida por Virgen de la Paloma, en la Cofradía de la Veracruz, esa antigua Minerva Sacramental. Y Pedro de Mena que sacó de la magia de sus afilados hierros, también para León, la talla del Ecce Homo, de la Cofradía del Señor de la Redención y posiblemente pudo hacer, también para esta ciudad, la del Cristo atado a la Columna de la Cofradía del Desenclavo.

Después, han sido muchos los nombres de artistas de las escuelas castellanas los que han prolongado las, casi interminables, filas de escultores y entalladores penitenciales, con imágenes en León Pedro de la Cuadra, Francisco Díaz de Tudanca, Luis Salvador Carmona, Pedro de Ávila y Narciso Tomé. Y en el siglo XX, la nómina es casi interminable: Manuel Gutiérrez, Ángel Estrada, el prolífico Víctor de los Ríos, Santos de la Hera, Laureano Villanueva, Jacinto Higuera, Higinio Vázquez, Manuel López Bécker, Gonzalo Sánchez Mendizábal, Jesús Iglesias, Pérez Calvo, Amado Fernández, José Ajenjo, García Geute, el dominico Morán Flecha, Jorge Rodríguez, José Traité, Amancio González, Álvarez Chamorro, Enrique Morán, Emilio García y Gutiérrez San Martín.

Pero la Semana Santa es mucho más que las hieráticas y sagradas figuras, por muy de manos maestras que hayan salido.

La Semana Santa no son, sino las emociones, el conjunto de emociones, esos instantes, amables y sorprendentes siempre, que nos conmueven en lo más profundo de nuestro ser, asaltando la razón y la inteligencia y que parece que, cada año, se repiten y sin embargo, siempre son distintas.

Son esas emociones que marcan los golpes del ritmo que hace la vida. Esas que nos llegan a cortar la respiración, casi, cuando, enmudecidas las piedras y expectantes las plantas en los jardines, se nos vienen a la garganta y suben hasta los ojos, viendo pasar inmenso, majestuoso y solemne, elegante y acompasado el paso de un Jesús, en un momento crucial de la Pasión o de una imagen de Nuestra Señora, con el llanto acrisolado entre sus nobles sienes y la pena profunda enredada, entre los ramos blancos de sus maternas manos. Eso es Semana Santa.

Cuando truenan los tambores,
cuando suenan las cornetas,
cuando refulge la plata
de incensarios y navetas
cuando todos los *papones*
con túnicas de colores
van escoltando los pasos
en las calles leonesas.
Mientras se duermen las flores.
Mientras se queman las ceras
en los elevados pasos:
a los pies mismos de Cristo.

Pero es más, sí, también es más la Semana Santa. Es ese instante en que el viento del oeste, suave en la noche leonesa, denso de olores a las ceras y al incienso, nos llega frío de tierras maragatas o mineras del Bierzo, con fragancias lejanamente atlánticas, tamizadas por las tierras vecinas del Apóstol y elevan, levemente, suavemente, el capillo de los *papones* que, en largas filas, van quemando la cera y la

oración con el fuego del pabilo y ese otro fuego interior, lleno de honda devoción y vocación penitencial. Eso es Semana Santa.

Pero aún es más. En esa sinfonía de únicas e irrepetibles emociones en las que no hay par posible, es también cuando los *braceros*, en medio del murmullo de las gentes en las aceras, en los bordes de las calles y desde el silencio interior de sus capillos, hacen oración con los pies, *raseando* suavemente a su paso, por ejemplo, ante la casa de Botines, haciendo estremecer la memoria de Gaudí y creciendo, haciendo crecer la imagen de su paso, incluso, sobre la propia altura de las cuatro empinadas y enhiestas torres de sus esquinas. Eso es Semana Santa.

Y lo es, también, en las largas filas de mujeres de cera ofrecida, en la procesión de la Morenica del Mercado, la Antigua del Camino: Angustias que la atenazan, llevando muerto a su Hijo. Esa Piedad prodigiosa, con los ojos entornados, no pudiendo sentir más dolor, no pudiendo sentir ya más frío que la muerte del cuerpo del Hijo, derramado en su regazo, mientras, los braceros, van meciéndole el paso, como queriendo dormirla, como queriendo mimarla. Eso es Semana Santa.

Y lo es, también, el deseo voluntario y anónimo de *la puja*, de las gentes de León, transfiguradas de *papones* en *braceros*, igualados, cuando se disponen en *las andas*, cuando agarran su *brazo* y les viene, sobre el hombro, el peso tremendo del altar que transportan, no con las fuerzas de su cuerpo, sino con la ilusión de su alma. Todos a una, al compás y a la voz del *seise* y al sonido unísono de las *horquetas* en el pavimento. Son esos momentos en que se eleva en medio de la noche, envueltos todos en las fragancias de las flores, con el sonido leve de los palios o con el firme y decidido paso de las imágenes de Cristo sufriente y al son de la música. Esa música rítmica a golpe de tambor y al filo de las cornetas, que nos hace estremecer y silenciar cuando, a su paso, nos asalta, de nuevo, un brote de emoción que, a veces, se hace incontenida, que nos supera, que nos desborda ante tantos sentimientos interiores. Eso es Semana Santa, mis queridos amigos.

Y es Semana Santa, el paso de las Juntas de Gobierno, en medio del brillo plateado de las insignias, envueltos en la unción de lo bien hecho. Y los chicos monaguillos, que sacan de las navetas las resinas orientales que, quemadas, serán nubes de incienso perfumado, nubes de olores deliciosos que acarician las dalmáticas y clericales mucetas y envuelven las imágenes e impregnan las luces de litúrgicos matices. Eso es Semana Santa.

Y lo son, también, los ojos luminosos de los niños asombrados. Y los ojos de las viejas alumbrando los caminos, con esa visión lejana, casi perdida, que pareciera que ven a las gentes de otros años, de otros siglos, sin inmutarse un instante, como estando acostumbradas a tanta historia, pero llenos, por sí mismos, de tiempo y de saber, conociendo la cercanía del definitivo encuentro, ante el Creador, patócrator contenido en el círculo del universo y de la vida. Eso es Semana Santa.

Y lo es cuando, el Viernes de Dolores, se elevan sumadas, las voces masculinas y femeninas, cuando al paso por la plaza de Santo Domingo se eleva la Salve al cielo, mezclándose en la noche el nombre de María con las rutilantes estrellas.

Y el pedir la buena muerte, el *dainos* bajo la *tau* franciscana a la hora vespertina del Domingo de Ramos o la solemne cabecera de autoridades, en el *Locus Apellationis*, instantes antes de que un preso recobre, el don más preciado: la libertad, de nuevo la libertad, en Semana Santa...

Y es Semana Santa, en la noche de la *ronda*, entre el Jueves y el Viernes, cuando suman, escalofriantes, los sonidos de la esquila, el clarín y ese tambor, ese tambor, con la badana suelta, que hace la noche blanda con sus golpes destemplados, con su incierto sonido. Y esa otra *ronda*, en la noche del *miércoles al jueves* a la que Luis Pastrana, eterna memoria de León, nunca ausente y a quien se debe deuda impagable por tantas cosas, supo dar dimensión literaria y culta. Eso es Semana Santa.

Y es Semana Santa en los nombre de María, del Camino Antigua en el Mercado, María de las Angustias, Consolación y Alegría, de las Lágrimas amargas, Dolorosa en los Olivos. Será Piedad y Amargura, de la Paz y de la Divina Gracia, María del Dulce Nombre y también de la Sexta Angustia. María será de las Candelas, del Gran Poder y de los Reyes, que en León son los de España.

Y en los nombres de Jesús: El de la Santa Cena que rezó luego en el Huerto, antes del Prendimiento. El de Humillación y Paciencia, Flagelado del Amparo y el del *Dainos* buena muerte y el Cristo de los Balderas que es el Cristo de la Palabra, de la Palabra Primera. El de la Segunda y también de la Tercera y el de la cuarta, que labró Jesús Iglesias. Y del Perdón y Esperanza y Expiración y Silencio y atado a columna de piedra. El Jesús de las Injurias, de la Buena Muerte y Crucificado, Desenclavado y Yacente y Muerto... y Enterrado.

Y es Semana Santa en los tiempos. En medio de rotunda primavera, en esa, casi siempre luminosa mañana de Viernes Santo, en que, en busca de los cuatro conventos, los pasos se reúnen en la Plaza Mayor, aquella que se hiciese por mor de un incendio y que hoy se hace hoguera de amor, de devoción y de oraciones: Donde Jesús reza en el Huerto, donde a poco fue prendido, donde con látigo cruel, dolorosa disciplina fue flagelado y coronado de espinas, donde se muestra el Ecce Homo y donde, Nazareno, arrastra su pesada Cruz, lleno de la fuerza de Dios y del cansancio de hombre, alto en su inmensa y rotunda majestad y dadivoso en generosas bendiciones. Es allí, donde Santa Marcela, la Santa mujer Verónica, nos muestra el verdadero retrato en medio del paño immaculado. Y es allí donde se alza la Cruz vacía, pero siempre llena y allí es donde fue crucificado, agónico y al fin muerto, ante el encuentro del Discípulo Amado, Juan y la Madre, en la que no cabe más Dolor, ante las miradas asombradas, las respiraciones contenidas de millares de leoneses. Ante el Pueblo.

Eso es Semana Santa.

Y cuando caiga la mañana, Juan de Juni, como el bueno de Nicodemo, se encargará de disponer aquel cuerpo en una urna, dorada y de cristal y todos irán al Santo Entierro. Las capas blancas al viento... Eso es Semana Santa.

Y el Domingo de Gloria y Resurrección, en que, ante el pétreo y sublime retablo, que es la fachada de la Catedral, la vieja Plaza de la Regla, la Virgen Madre cambiará el negro por el blanco, el luto por la alegría. Y caerán los capillos de los papones en la certeza del Resurrexit, de la Vida Eterna y del Cielo.

Eso es, también, Semana Santa...

Y lo será en toda la ciudad. Impresa en las torres y en las piedras. En la portada bocina isidoriana, panteón de testas coronadas. Será Semana Santa, sí, en todas las iglesias y conventos, en el de la Concepción y en las Carbajalas. En San Marcelo, San Martín, Santa Marina, San Marcos y del Mercado. Y lo será en palacios y en las plazas. Palacios de Guzmanes, Villasindas y los Luna, Torreblancas y Villafañes y en la recoleta Plaza del Grano, con su fuente y con sus niños grandes que, tenantes, juegan al corro en torno de los escudos de piedra, mientras fluye, eternamente el agua... Y

León de piedra se asoma
sobre la espadaña alta
en solar que fue judío
y ahora es de Santa Ana.

Por los tres ojos que mira
voltarán las campanas:
que Jesús resucitó
tras de la Semana Santa,
que Resucitó en La Regla
y que a María le han puesto
nueva Túnica blanca.

Más de diez mil papones
llevaron prestos las andas.
Pasearon a Jesús y a María
por las calles y las plazas.

Y se secaron las flores
y se quemaron las ceras
con ese fuego que arde
solamente en primavera.

Y enmudecieron las bandas,
los tambores y cornetas
que hicieron estremecer los aires
y al alma también hicieran.

León despierta en volandas
en esta mañana nueva,
dando voces las campanas
desde miradores de piedra.

Las monjas, en los conventos:
revuelos de tocas albas.
Y en los jardines las flores
perfuman esta mañana.

Jesús ha resucitado
ante la Catedral Santa.
que en las torres agujadas
hace sonar sus campanas,
mientras resuena el sonido
por tejados y espadañas,
y resuenan las campanas
en los fuertes arbotantes
y en las agujas labradas.

Campanas de historia antigua.
De León son las campanas,
que giran enloquecidas
de alegría en la mañana.
De San Marcelo, Santa Marina
y las del Divino Obrero
y Concepcionistas.

Se suman las del Mercado,
Santa Nonia y Trinitarias.
Y en el concierto de bronce
León lanza las campanas
de siglos en San Isidoro
y San Francisco, en la Vega
y el Real y Carbajalas.

Y vibran los aires,
cristales,
que son transidos al vuelo
de las palomas
que al cielo
León cristiano libera
al son de los bronce nobles
en medio de primavera.

¡Al suelo!

Muchas gracias.